

DE TODAS PARTES



UN EPISODIO DE LA BATALLA DE TALAVERA

Precio: **10** céntimos

Núm. **2**

DE TODAS PARTES

ESPAÑA Y PORTUGAL
Un año. 5 ptas.
Un semestre. 2'75

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
AVENTURAS, VIAJES Y NOVELAS

EXTRANJERO
Un año. 10 ptas.
Un semestre. 5'60

Año I

Barcelona, 18 de mayo de 1907

Núm. 2

LA BATALLA DE TALAVERA

Era el día 27 de julio de 1809.

Densa polvareda se extendía por los caminos que aflúan á la ciudad de Talavera de la Reina, polvareda que impulsada por la ligera brisa de la tarde envolvía á intervalos formando espesas nubes, los extensos bosques por entre los que se deslizaba el riachuelo Alberche.

Cubiertos de polvo, fatigados, sudorosos los diez y nueve mil hombres que constituían la división inglesa, mandada por el general Wellesley, iban tomando posiciones formándose en batalla, al mismo tiempo que el ejército español, fuerte de unos 34 000 soldados, al mando del general Cuesta, se situaban en la llanura cerca de la ciudad.

A la parte opuesta del Alberche, el ejército francés mandado por el rey José Bonaparte, los mariscales Jourdan y Víctor y el general Sebastiani, formando un total de 50,000 hombres entre los que se hallaban los veteranos de Austerlitz y Jena, esperaban impacientes la orden de lanzarse á la pelea.

En cuatro divisiones se hallaban repartidos los ingleses y en cinco los españoles, extendiéndose la línea del ejército aliado de Sur á Norte de Talavera.

La llave de nuestras posiciones era el cerro

de Medellín y la ermita de Nuestra Señora del Prado, y aquel cerro estaba defendido por el general inglés Hill.

A las tres de la tarde las divisiones francesas de Ruffin y Lapisse vadearon el Alberche cayendo sobre la división mandada por Mackenzie y poco después la batalla se había generalizado en toda la línea.

Hubo momentos en que los nuestros hubieron de retroceder ante la recia acometida de los contrarios, pero repuestos casi inmediatamente, de tal modo resistieron que á su vez el enemigo retrocedía desordenadamente.

Al mediar la noche suspendiose la batalla para renovarla al amanecer del día 28, sosteniéndose hasta las nueve de la mañana, en que unos y otros adversarios suspendieron el combate para beber las aguas del arroyo Portiña, porque la sed les abrasaba.

A las doce del día volvió á percibirse la ronca voz de los cañones; la batalla comenzó con más furor y así duró hasta las seis de la tarde en que los franceses se vieron obligados á retroceder con pérdida de 7,289 hombres dos generales y 17 cañones.

Los ingleses perdieron dos generales muertos, y 3 heridos y 3,700 oficiales y soldados; y los españoles 1,200 hombres y el general Manglano herido.



EL CASTIGO DE UNA OFENSA

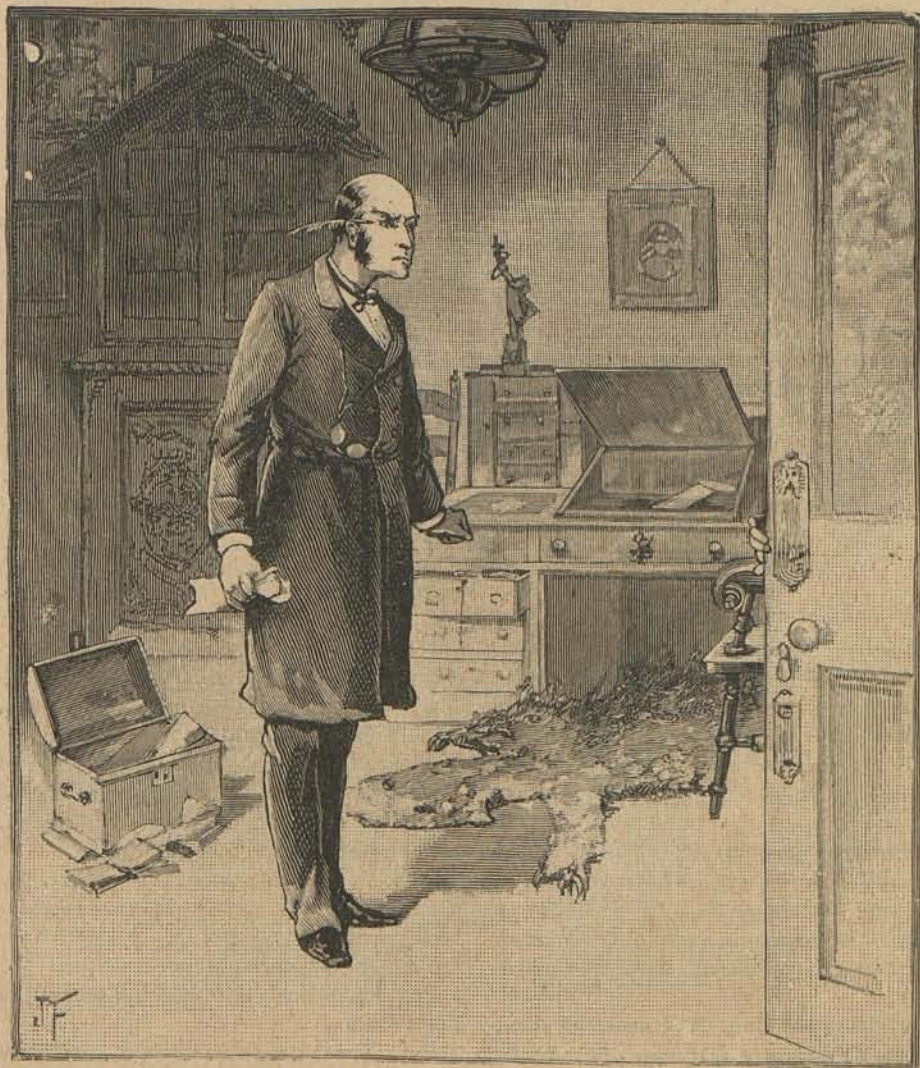
I

Alvaro Montellano, Juez de instrucción del distrito de..., nombrado Juez especial para entender en la causa instruida á consecuencia del descubrimiento de una vasta conspiración, aca-

guardase, el juez procedió á llamar un cerrajero, el cual le abrió en presencia del magistrado.

Pero la sorpresa de éste fué extraordinaria cuando en vez de documentos relacionados con la conspiración, encontröse con que el contenido del cofrecito eran cartas de amor.

Y lo peor de todo era que aquellas cartas estaban escritas con una letra que se parecía mucho á la de su esposa y estaban firmadas algu-



baba de tomar declaración á uno de los supuestos conspiradores y de regreso en su casa ocupábase en examinar los documentos encontrados en la casa de éste al registrarla los encargados de su captura.

Había llamado su atención un pequeño cofrecito de hierro encontrado en el domicilio del preso, y como estaba cerrado con llave y aquel ni quiso abrírle ni entregarla al inspector de policía, diciendo que aquel cofrecito no era suyo, si no de un amigo que se lo entregó para que lo

nas con una L., inicial que era la de Luisa que así se llamaba su esposa.

Montellano se había casado dos años antes con Luisita Vargas, hija de un magistrado íntimo amigo suyo, sin tener en consideración para nada que el marido duplicaba la edad de Luisa, que la joven apenas le conocía porque desde que salió del colegio había residido al lado de su tía que habitaba en Toledo, y, que todo lo que la joven tenía de expansiva y franca, Montellano lo tenía de grave, de severo y de reservado.

Sin embargo, era un hombre leal y recto, y bajo aquella corteza, digámoslo así, fría y desconfiada, se encerraba un corazón de oro y los más nobles sentimientos.

Montellano amaba á su mujer con su primero, con su único amor.

Así que al ver aquella letra y aquella inicial, sintió un dolor tan agudo en el pecho y un desvanecimiento en sus ideas que durante un buen espacio permaneció sin poderse dar cuenta de lo que le pasaba.

Algo más dueño de sí, examinó atentamente aquellas cartas y conforme las iba leyendo, adquiría más la convicción de que eran de su mujer y esta convicción le producía una tortura inexplicable.

Y como en ninguna de ellas encontró el nombre de la persona á quien iban dirigidas, volvía á leerlas de nuevo por si acaso en su aturdimiento y ansiedad se le había escapado en alguna.

Pero, nada. Aquel nombre no estaba allí. Y sin embargo, era necesario conocerlo.

Montellano, olvidado un momento de que era juez para no pensar si no en que era hombre, era esposo y había adquirido el convencimiento de su ultraje, paseábase por su despacho, estrujando entre sus crispadas manos aquellos papeles denunciadores de su deshonor, sin saber que partido tomar.

II

Luisa, la esposa del abogado, encontrábase en sus habitaciones presa de una dolorosa agonía.

Casi al mismo tiempo que su marido había recibido entre otros objetos el misterioso cofrecito, recibió una carta sin firma, pero cuya letra le era muy conocida, que decía lo siguiente:

«Luisa. Estamos perdidos. El cofrecito donde guardaba tus cartas y que había depositado en casa de mi amigo Ortega, ha sido recogido por la policía en el registro que acaban de verificar en su casa y en este momento obrará en poder de tu esposo.

«Juzga mi desesperación. Abandona tu casa. Te espero donde sabes y allí resolveremos lo que se ha de hacer.»

Pero Luisa, no estaba dispuesta á seguir las instrucciones de su amante.

Arrastrada, seducida por Antonio Arellano, su amigo de la niñez y protegido de Montellano, había faltado á su esposo, pero carecía de valor para abandonarle.

Conocía el carácter del abogado y temblaba el momento en que éste se presentase ante ella á pedirle cuenta de su honra mancillada.

—No, no,—decía paseándose desesperada por su estancia.—Antes la muerte.

Y el menor rumor que escuchaba, la parecía que era el de los pasos de su marido que llegaba á su habitación sediento de venganza.

Y llegó á tal extremo su locura que sin pensar más que en sustraerse á la presencia del irritado esposo, recordó que de una grave enfermedad que había sufrido poco antes, conservaba un poco de láudano entre los diversos objetos de su tocador. Y con feroz energía, cogió el pote de cristal y apuró su contenido.

En aquel momento abrióse la puerta de la habitación y apareció el abogado.

III

Lo que menos pudo imaginarse el juez al hacerse cargo de los objetos encontrados en casa del supuesto conspirador, era que entre ellos existieran las pruebas de un crimen que precisamente era á él á quien se refería.

Era su honra la que había sido herida tan rudamente, que para lavar la mancha en ella impresa, no existía en el código pena suficiente.

Y volvía y revolvía aquellas cartas malditas, buscando en ellas, ya que conocía la culpa, el nombre del otro culpable, ó tal vez del instigador del delito.

Y no le encontraba y aún cuando en su pensamiento buscaba el nombre de alguno de sus conocidos en quien fijarse, no encontraba ninguno.

Era preciso que se lo dijera la esposa infiel.

A ella se lo había de preguntar y así se resolvió á hacerlo.

Montellano dejó pasar aquella impresión terrible que le produjo el convencimiento de su desdicha y algo más dueño de sí, se dispuso para pasar al cuarto de su esposa.

Se miró al espejo, para convencerse de que su semblante había recobrado su expresión habitual y grave y tranquilo en la apariencia, penetró en las habitaciones de su esposa.

Pero todos sus propósitos se desvanecieron al ver á Luisa.

Esta, presa del delirio que la produjo la carta de su amante y que la había llevado al extremo de atentar contra su vida, cayó de rodillas ante el abogado exclamando con desgarrador acento:

—¡Perdón, Alvaro! Te he faltado... ¡Soy una infame! Pero yo misma me he castigado. ¡Voy á morir! ¡No me maldigas!

Montellano quedó aterrado.

—¡El nombre de tu seductor! ¡Luisa,—dijo,—necesito saberlo!

Pero la joven, á pesar del sufrimiento que la producía el veneno que acababa de tomar, ne-

góse á pronunciar aquel nombre. Más en aquel instante, Arellano, que se había cansado de esperar á su amada y temeroso de que hubiese acontecido una desgracia, presentóse en casa del abogado y llegó hasta la habitación de Luisa.

Al verle ésta, lanzó un grito, y loca, desesperada, le gritó:

quiso interponerse entre ambos y con entrecortado acento, dijo á Antonio lo que había hecho.

—¡Luisa!... ¡Luisa!...—exclamó Arellano desesperado.

Pero la joven ya no le oía.

La cantidad de láudano que había tomado fué tal, que la agonía llegó casi inmediatamente.

Los dos hombres estaban á su lado y cuando



—¡Vete! ¡Antonio... vete!...

Estas palabras fueron una revelación para el abogado.

Perdida su gravedad, lleno de ira, con el corazón desgarrado, lanzóse sobre Antonio y cogiéndole violentamente por un brazo le dijo con voz sorda:

—¡Vas á morir! ¡Miserable!

—Ha venido á eso,—repuso el joven.—¡A que me mates!

Luisa, entre las convulsiones de su agonía

Luisa exhaló el último aliento Antonio volviéndose al abogado le dijo:

—¡Ahora, mátame también!

Montellano estuvo mirándole atentamente durante algunos segundos.

Después le dijo secamente rechazándole:

—No... vive... ¡Ya tienes bastante castigo!

.....
Cuando Arellano salió de la casa del abogado fué para ir á un manicomio. Se había vuelto loco.

EL CAPITÁN MEDRANA

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Era el día de la festividad en un pueblecillo de Castilla, y la mesa del párroco numerosa en manjares más que delicados succulentos, había sido honrada por los más notables del país y los curas de las aldehuelas más inmediatas.

A los postres, el anciano que presidía la mesa, dijo el *Gratias agamus*. Siguiéron los pater-noster y las avemarias de ordenanza, y comenzaron luego entre las libaciones de un aguardiente bastante requemado y de un vinillo blanco un tanto añejo, las confidencias, las expansiones y los relatos.

Entre estos últimos, el que se me quedó tan impreso que se me figura he de poderle repetir sin alterar casi palabra, fué el que con voz pausada, pero entera y sonora, nos dijo el anciano del rezo, que vestía la ropa negra y talar del sacerdote, y en cuyo rostro aunque fresco y sonrosado, la depilación y las arrugas denunciaban al algo más que cumplido septuagenario.

—Diez y nueve años tendría,—comenzó el anciano,—cuando los franceses entraron en España. El seminario en que me había puesto mi tío se cerró, y todos los compañeros de aula corrimos con entusiasmo á empuñar las armas en defensa del territorio invadido.

Yo era entonces más delicado que una mujer y más cobarde que una cervatilla, y todo lleno de angustias y temores, anduve casi una semana por sendas extraviadas y caminos de travesía, huyendo tanto de las columnas de franceses como de las partidas de guerrilleros que en todos lados organizaban los patriotas.

Llegué por fin á Rojo-nublo, y cuando creí que mi tío el párroco que me amaba con extremo me abrazaría muy alegre, yo no sé que nube de frialdad noté que se esparcía por su rostro, refiriéndole mi evasión milagrosa de en medio de las huestes voluntarias.

A la mañana siguiente, después de decir la

misa á la que le ayudé, me llevó consigo á un pradecillo en que se paseaba muchas veces repasando el breviario, y sentado en el tronco de un álamo que allí estaba secándose, me habló de esta manera:

—Mira, Julianillo, ya sabes que como dijo Job, la vida del hombre es nulicia sobre la tierra. Luchar contra los hombres cuerpo á cuerpo, es todavía menos valeroso que pelear contra los apetitos de la carne y las tentaciones del mundo, y esto último, es lo que á diario hacemos todos cuantos fuimos consagrados ministros del Altísimo. Yo te había elegido para esta batalla contra el demonio; pues bien, combate por combate, el que nuestra nación ha comen-

zado contra los franceses invasores, es menos terrible y pavoroso. Alégrate hijo, puesto que en suerte te ha tocado, de dos luchas, la menor, y desechando toda pereza y espíritu medroso, dis-ponte luego á unirse á esas

bizarrras tropas que bravamente se levantan para defender nuestros hogares.

Tanto era mi apocamiento que no tuve resolución para manifestar francamente á mi tío, que la idea solo de entraren combate, hacía que me temblaran las piernas y se me erizaran los pelos de espanto. El buen señor,

atribuyó sin

duda á conformidad con sus deseos mi silencio y á la mañana siguiente muy de madrugada salió á despedirme hasta las eras, después de haberme acomodado sobre un cuartago harto viejo y motalón que él tenía, y sobre cuyas ancas amojamadas iban del arzón trasero de la silla sujetas unas bien provistas alforjas, á más de haberme colgado de los hombros un zurroncillo de pellejo en el que iban unas cuantas camisas, y de ceñirme á la cintura el correaje de un sable tremendo, mohoso y mellado, que debió servir allá cuando la campaña contra el archiduque Carlos.

Con todos estos pertrechos y además una car-



ta que me había dado para el cura Merino de quien era grandísimo amigo, me despedí de mi tío que me abrazó estrechamente, y mientras se quedaba muy entristecido y lloroso, yo piqué la misera cabalgadura que salió trotando.

Cabalgué todo el día por lo más espeso de la sierra, lleno de sobresalto, pero mi miedo creció con la llegada de la noche. En medio de la oscuridad que comenzaba á hacerse densa, vi en el valle brillar varias fogatas. Bajé por una estrecha cortadura recatándome lo posible, pero luego comprendí por las voces que se oían distintas, que me acercaba á un campamento de los nuestros.

El cura Merino, porque de él era aquella partida, me recibió afablemente, y después de leer con detención la carta de mi tío, dió órdenes para que se completara mi armamento y me colocaron á la espalda una cartuchera, poco menor que un cofre de regulares dimensiones y en las manos un trabuco de chispa, tan dilatado de boca, que en caso de apuro pudiera cumplir en él, la mano de una almirez, el oficio de baqueta.

Pero no sé que fué más breve, si recibir aquellos arreos militares ó comenzar una gresca de todos los demonios. Sobre el campamento había caído de improviso una columna francesa. Pálido, tembloroso, sin atreverme ni á adelantar ni á retroceder, estuve como estatua de hielo todo el tiempo que duró la refriega. El enemigo por fortuna fué rechazado.

—¡Buena adquisición hemos hecho con este gallina!—exclamó después del combate, un hombre fornido que mandaba el pelotón, y al mismo tiempo me descargó su terrible manaza entre oreja y oreja.

—Pues con los cobardes,—añadió otro de muy mala catadura,—se hace lo mismo que con los traidores. Y echándose á la cara un tremendo fusil inglés, dirigió sobre mí la puntería.

—Déjale,—dijo desviando el arma, el que hacía de jefe,—es casi un niño, y no está hecho aún á estas cosas,—y reparando en que yo temblaba lo mismo que un azogado, añadió descargando la maza de su mano sobre mi hombro:

—¡Eh! Chicuelo, no temas, que aquí se hace justicia al mérito, y sino falta nunca un puñado de balas para los valientes, tampoco echarán de menos un mandil los cobardes como tú.

Y en medio de grandes risotadas me ataron sobre el pecho un paño blanco, que me caía por delante hasta más abajo de las rodillas.

Desde aquella noche quedé relegado en a heroica partida, al pacífico cuanto despreciable oficio de ranchero, y en cuantas expediciones y marchas hicimos por aquellas montañas de Castilla la Vieja, siempre me hallé con gran contentamiento, muy lejos de las guerrillas, sin tener que habérmelas con otro fuego que el que hacía hervir pausada y mansamente mis marmitas.

Un día nos hallábamos dispersos para escapar mejor á la persecución de un gran cuerpo de ejército que mandaba Bessieres en persona. Era grande el peligro que corríamos separados en partidas volantes, sobre todo, si los franceses lograban aislarnos cortando nuestras comu-



nicaciones. Así lo comprendió, sin duda, nuestro jefe, pero el grupo que mandaba

era tan escaso que escatimaba en lo posible destacar emisarios á las otras guerrillas; además los enviados tenían que caminar para llegar á ellas por camino descubierto, y era seguro que había de caer en manos del enemigo.

Siguiendo la dirección de una empinada sierra, hicimos alto una mañana al abrigo de un robledal espesísimo. Estábamos fatigados y hambrientos, y lo que era peor, no sabíamos la dirección que tomaban nuestros compañeros, con los que no nos comunicábamos desde más de dos días.

—Es preciso,—dijo nuestro capitán,—que uno vaya á avisar á nuestra posición y á enterarse de la marcha que debemos seguir, porque sino estamos perdidos.

En las filas reinó un silencio sepulcral; nadie se ofreció á desempeñar una comisión en la que era casi segura la muerte.

—Somos pocos,—añadió el que nos mandaba,—por lo que no me quiero deshacer de los hombres útiles,—y mirándome con torva mirada:—¡Eh! Julianillo,—exclamó,—monta en mi caballo, que es el único que nos queda y prepárate á llevar un parte. Así como así, no nos puedes servir para otra cosa, puesto que ya no nos queda ni una mala patata para cocer.

El miedo que hizo de pronto temblar todos mis miembros como si me hubiera acometido un ataque de alferecía, puso en mis ojos lágrimas y en mi boca súplicas llenas de piadosas imprecaciones á todos los santos; pero aquel hombre implacable, contestó retorciéndose el bigote y exclamando muy alto:

—¡Pronto, cuatro números que me fusilen por la espalda á este eobarde!

El miedo de aquel otro peligro más inmediato, me dió cierta resignación parecida al valor. Me levanté vacilando, del suelo donde había caído de rodillas, y me dispuse á montar. Nuestro caudillo escribió en tanto cuatro líneas en un pliego que dobló, entregándomelo y advirtiéndome la dirección que debía seguir.

El caballo trotaba rápidamente cuesta abajo.

Yo no sé el tiempo que tardaría en descender de la sierra: solo puedo decir que al verme en la llanura sucedió lo que parecerá un imposible: que mi miedo aumentó mucho más.

De pronto... al doblar un recodo, me hallé frente á frente y á muy pocos pasos de distancia, con una avanzada de cuatro dragones franceses. Apenas me vieron, los cuatro se arrojaron sobre mí, vociferando infernal jeringonza que no entendía pero que aumentaba mi miedo.

Entonces me afirmé en los estribos y tiré maquinalmente del sable. Ellos blandieron los suyos sobre mi cabeza.

Yo dando una gran voz, todo trémulo y acongojado, dije cerrando los ojos y disparando con la izquierda una pistola que tomé del arzón:

—¡Sustine me, Deus Meus!

Sonó el tiro y al mismo tiempo un grito horroroso.

Un sudor abundante y frío corría por mi frente y muy cerca de ella culebreaaban los sables de mis enemigos. Yo manejaba el mío sin concierto, pero con desesperación; sentía mi cuerpo rígido y helado como si fuese de la misma materia que el arma que empuñaba.

Mi brazo incansable hacía girar con rapidez el acero que por dos veces chocó

violentamente contra algo duro, pero que cedía salpicándome el rostro de unas gotas tibias.

Cesó por fin el martillar de un hierro contra otro. Respiré jadeante, me limpié el helado sudor con el envés de la mano y entonces vi...

Sobre el lodo de la carretera, yacía el cadáver de un dragón atravesado el pecho de un balazo, otro francés tenía el cráneo hendido, otro contenía con las manos la sangre que abundosa se escapaba de una espantable herida en el cuello, el cuarto huía á todo galope á través del campo.

Aquí llegaba de su relato el viejo, cuando uno de los comensales exclamó alegremente:

—¡Bravo por el entonces joven seminarista!

—Lo que puede el miedo,—añadió otro.

—Usted lo ha dicho,—continuó el anciano sacerdote.—Tan es cierto, que solo el mucho miedo me hizo salir con bien de aquel peligro, que enterados de todo mis camaradas, aunque celebraban mi proeza, desde entonces me llamaron por burla el *capitán Medrana*.

—Sí, pero,—repuso otro interlocutor,—no sería ese arrojito tan de circunstancias, cuando desde aquel día, usted se hizo un guerrillero formidable que llegó á mandar una brava partida.

—¡Dios me lo perdone!—prorrumpió humildemente el venerable cura,—¡qué al cabo los muchos franceses que maté después eran prójimos!—y á seguido, propuso rezar á sus amigos un paternoster por las almas de sus víctimas.

Los convidados contestaron debidamente á la oración y después de concluida brindaron con entusiasmo por el *capitán Medrana*.



AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por ROBERTO LUIS STEVENSON

(CONTINUACIÓN)

—De una persona que debe conocer muy bien aquel á quien va dirigida,—contesté con acento de enojo.

—Pues bien,—repuso la voz;—dejadla junto á la puerta y marchaos pronto.

—No haré tal,—grité.—Debo entregar la carta en manos del Sr. Balfour, según se me ha encargado. Es una carta de recomendación.

—¿De qué?—preguntó la voz precipitadamente.

Volví á repetir la palabra.

—Y ¿quién sois?—replicó la voz después de una pausa.

—Yo no me avergüenzo de mi nombre,—contesté.—Me llamo David Balfour.

A pesar de la oscuridad, no me cupo la menor duda que el hombre se había estremecido, pues oí que se apoyaba en el suelo la culata del trabuco, y después la voz me preguntó con una entonación muy diferente:

—¿Ha muerto vuestro padre?

Tanto me sorprendieron estas palabras que, en vez de contestar, permanecí mudo mirando á mi interlocutor.

—Vamos,—añadió el hombre,—seguramente ha muerto, y hé aquí por qué venís á llamar á mi puerta.

Sucediose otra pausa y el hombre añadió:

—Voy á dejarte entrar.

En el mismo instante desapareció de la ventana.

III

TRABO CONOCIMIENTO CON MI TÍO

A los pocos minutos oí un gran ruido de cadenas y cerrojos. La puerta se abrió con precaución y cerróse inmediatamente apenas hube entrado.

—Pasa á la cocina y no toques nada,—dijo la voz.

Después, el que me había abierto, comenzó á correr los cerrojos y tender las cadenas, operación que duró algunos minutos.

Cuando entré en la cocina, ardía un buen fuego en el hogar; pero el conjunto de aquélla no podía ser más desmantelado. Sobre el fogón vi media docena de platos sucios. En la mesa, pre-

parada al parecer para cenar, humeaba una cazuela llena de potaje, y á su lado veíase una cuchara de cuerno y un vaso de cerveza. En vez de sillas no había más que algunos cajones arrinconados á la pared, y en un ángulo de la cocina una rinconera y un candado.

A los pocos momentos entró el dueño de la casa. Era un hombre algo encorvado, estrecho de espaldas, de rostro amarillento, y que debía rayar en los sesenta años. Llevaba gorro y bata de franela, y sin duda hacía mucho tiempo que no se afeitaba; pero un detalle me llamaba la atención más que todo esto, y era que los ojos de aquel hombre, sin separarse nunca de mí, no me miraban ni una sola vez frente á frente. Difícil habría sido imaginar cuál podía ser la profesión ó el estado social de aquel individuo; pero á mí me pareció un viejo inútil á quien se habría encargado la custodia de aquella casa.

—¿No tienes gana de comer algo?—preguntó el hombre fijando su mirada en mis rodillas.—Te puedo ofrecer un poco de potaje.

Contesté que no quería privarle de su cena.

—¡Oh!—repuso.—Yo no tengo apetito y me contentaré con la cerveza, porque me alivia la tos.

Y, tomando el vaso, apuró la mitad del líquido que contenía, sin apartar la vista de mí. Después alargó el brazo de improviso, diciéndome:

—Veamos ahora esa carta.

Contesté que era para el Sr. Balfour y no para él.

—Y ¿quién te parece que soy yo?—repuso.—¡Vamos, dame la carta de Alejandro!

—¿Conocéis el nombre de mi padre?

—Extraño fuera que no lo supiera, puesto que era mi hermano; y por poco que te guste mi persona, mi casa ó mi potaje, has de saber, amigo David, que yo soy tu tío y tú mi sobrino. Por lo tanto dame la carta, siéntate y come un poco de potaje.

Si hubiera tenido algunos años menos, la vergüenza, el disgusto y la contrariedad me habrían hecho llorar; pero en el caso en que me hallaba faltáronme palabras para responder, y, entregando la carta al punto, me senté á la mesa, aunque sin el menor apetito.

Entretanto mi tío, inclinado sobre el fuego, daba vueltas á la carta entre sus manos.

—¿Sabes tú lo que contiene?—me preguntó de improviso.

—Ya veis,—contesté,—que el sello está intacto.

—Pero ¿qué te ha inducido á venir aquí?

—Solo era mi objeto entregar la carta.

—Sí, pero seguramente tú esperarías algo.

—Debo confesar,—repuse,—que cuando se me dijo que tenía parientes bien acomodados, pensé

que podrían ayudarme en mi carrera; pero no soy ningún mendigo, ni vengo á pedirlos favores, ni aceptaré tampoco los que no se me dispensen con la mejor voluntad. Por pobre que sea, no me faltan amigos propios que me ayudarán en cuanto les sea posible.

—¡Hola, hola!—exclamó mi tío Ebenezer.—Parece que te me subes á las barbas; pero aun quedaremos amigos. Si has acabado ya con el potaje, yo también tomaré un poco.

Así diciendo, acercó á su lado el plato y la cuchara de que me había servido, y añadió:

—Este es un alimento muy sano, aunque á tu padre le gustaba más la carne. El era un buen gastrónomo, pero yo me contento con poca cosa.

El tío Ebenezer apuró otro trago de cerveza, y esto sin duda le hizo recordar los deberes de la hospitalidad, pues me dijo al punto:

—Si tienes sed, ahí encontrarás agua detrás de la puerta.

Sin contestar una palabra, permanecí en pie, mirando á mi tío con el corazón henchido de cólera; mientras que él seguía comiendo como si tuviera prisa, al paso que dirigía furtivas miradas tan pronto á mis zapatos como á mi traje.

Solo una vez, como se atreviese á levantar un poco la vista, nuestros ojos se encontraron. El ladrón cogido *infraganti* no hubiera podido expresar en su mirada tanto disgusto é inquietud como en aquel momento manifestó la de mi tío, y entonces comencé á pensar si su timidez provendría de la falta del trato de gentes y si al fin mi tío se convertiría en otro hombre. La voz de Ebenezer me distrajo de mis reflexiones.

—¿Hace mucho tiempo que murió tu padre?—me preguntó.

—Tres semanas,—contesté.

—Alejandro,—añadió mi tío,—era hombre muy reservado, y ya de joven hablaba poco. ¿No te habló nunca de mí?

—Jamás supe, hasta que me lo dijisteis, que tuviera hermano alguno.

—¡Dios mío!—murmuró Ebenezer.—¿Será posible que no citara siquiera el nombre de Shaws?

—Jamás se lo oí pronunciar.

—¡Qué hombre tan singular era Alejandro!

A pesar de estas palabras, mi tío parecía muy satisfecho, aunque no pude comprender si lo estaba de sí mismo, ó de mí, ó de la conducta de su hermano. De todos modos, figuróseme que ya volvía á experimentar aquel disgusto que sin duda le inspiré al principio, pues saltando de su silla acercóse á mí, dióme un golpecito en el hombro y me dijo:

—Me alegro mucho de haberte dejado entrar, pero ya es hora de que vayas á dormir.

Con gran sorpresa mía, el tío Ebenezer no encendió ninguna lámpara ni vela, é introduciéndose en un oscuro pasadizo, subió por una escalerilla, detúvose ante una puerta y la abrió.

Como yo iba detrás, hízome entrar al punto, diciéndome que aquel era mi aposento. Di algunos pasos, y le rogué que me dejara una luz para acostarme.

—No es necesario,—contestó Ebenezer;—bastante tienes con la luz de la luna.

—Ni con la de la luna ni con la de las estrellas podré ver dónde está mi cama,—contesté.

—Ese es un lujo inútil,—replicó mi tío.—A mí no me gustan las luces en una casa, porque así estoy más asegurado de incendios. ¡Vamos, buenas noches, David!

Y sin dejarme tiempo para protestar nuevamente, mi tío salió presuroso, y oíle cerrar la puerta por fuera.

Verdaderamente no sabía qué hacer: si reír ó llorar. La habitación estaba fría como un pozo, y cuando encontré la cama vi que estaba completamente húmeda. Afortunadamente llevaba el petate y mi abrigo de viaje, y, extendiéndolo todo sobre el suelo, me eché sobre aquel lecho improvisado, y muy pronto pude conciliar el sueño.

Al rayar el día abrí los ojos y pude examinar la habitación, que era muy grande y tenía un mobiliario bastante lujoso, penetrando la luz por tres hermosas ventanas. Diez años antes, ó acaso veinte, aquella estancia debía haber sido muy agradable; pero la humedad, el polvo, los ratones y las arañas lo habían echado á perder todo. Muchos de los cristales de las ventanas estaban rotos, y me causó extrañeza observar lo mismo en toda la casa; tanto que llegué á creer que mi tío había sido sitiado alguna vez por sus indignados vecinos, guiados quizás por Juana Clouston.

Entretanto el sol avanzaba en su carrera, y, como yo tenía mucho frío en aquella habitación, llamé á la puerta hasta que mi tío me abrió. Condújome detrás de la casa donde había un pozo y un pilón de piedra, y díjome que allí podría lavarme. Hecho esto, dirigíme á la cocina, donde ya estaba encendido el fuego para hacer el potaje. Mi tío había puesto también la mesa, en la que había dos escudillas y dos cucharas de cuerno, pero el mismo vaso de cerveza. Sin duda Ebenezer comprendió que aquello me extrañaba, pues me habló como si contestara á mi pensamiento, preguntándome si me gustaría la cerveza.

Le contesté que acostumbraba á beberla, pero que no hiciera ninguna innovación por mí.

—No, no,—repuso;—nada te negaré si está en razón.

Y cogiendo otro vaso que había encima de los fogones, colocólo á un lado; más con gran sorpresa mía, en vez de sacar más cerveza, tomó la mitad de la suya para dármela. Esta delicadeza por su parte me desarmó un poco en mi mal humor.

Si mi tío era un avaro, debía ser uno de aquellos que llegan á ser respetables por su mismo vicio.

Cuando hubimos terminado nuestro frugal almuerzo, Ebenezer abrió el cajón de la mesa, sacó una pipa de barro y un poco de tabaco, y, después de llenar aquélla, sentóse junto á una de las ventanas para tomar el sol, fumando tranquilamente. De vez en cuando fijaba en mí una furtiva mirada, dirigiéndome á intervalos alguna pregunta. Una vez me interrogó sobre mi madre, y, cuando le contesté que había muerto también, díjome que siempre la apreció porque era una buena mujer. Después preguntóme quiénes eran aquellos amigos míos de que yo le hablara antes.

Contestéle que eran algunos caballeros de la familia de Campbell, aunque en realidad solo el ministro había fijado su atención en mí; pero comencé á pensar que mi tío no estaba en posición de hacer nada en favor mío, y no quería que me creyese abandonado.

Mis palabras le hicieron reflexionar al parecer, y después de una pausa me dijo:

—Amigo David, bien has hecho en venir á buscar á tu tío Ebenezer, pues conozco perfectamente á esta familia y pienso hacer algo por tí. Sólo me preocupa ahora lo que más pudiera convenirte: si la carrera civil ó la de las armas. De todos modos no me agradaría que los Balfours quedasen humillados ante los Campbells, y yo te rogaría que no soltases demasiado la sin hueso. Nada de cartas ni de mensajes ni de palabras ociosas, pues de lo contrario puedes ya tomar la puerta.

—Tío,—repliqué yo,—no tengo motivo alguno para suponer que no deseáis mi bien; pero debo advertiros que tengo mi amor propio como todos los demás. No he venido á buscaros por mi voluntad; y si me habláis de tomar la puerta otra vez, os cogeré la palabra.

—¡Diablo de muchacho!—exclamó mi tío.—Ya veo que tienes genio. No puedo encontrar para ti una fortuna en el fondo de mi cazuela; pero concédeme un día ó dos, y te aseguro que haré por tí lo que debo hacer.

—Muy bien,—contesté;—ya hemos hablado bastante. Si queréis ayudarme, nada más tengo que decir sino que os quedaré agradecido.

Parecióme, tal vez demasiado pronto, que comenzaba á tener algún ascendiente sobre mi tío, y comencé á decirle que deseaba poner á secar

y orear la ropa de la cama, pues de lo contrario no podría acostarme.

—¿Será esta mi casa ó la tuya?—preguntóme con su voz penetrante.

Y como arrepentido de sus palabras, añadió al punto sin darme tiempo para contestar:

—No, no he querido decir eso: lo que es mío es tuyo, David, y lo tuyo mío. La sangre es más espesa que el agua, y la que corre por nuestras venas es la misma.

Cambiando después de conversación, Ebenezer habló de su familia, de su antigua grandeza y de su padre, que había comenzado la construcción de la casa, suspendida después por mi tío. Esto me hizo pensar en el mensaje de Juana Clouston, y se lo comuniqué á Ebenezer.

—¡Maldita vieja!—gritó.—¡Condenada bruja del infierno! El día que se ponga á mi alcance he de quemarla viva. Ahora mismo voy á decirselo al señor alcalde.

Mi tío abrió un cajón, del cual sacó un levitón muy antiguo, aunque bien conservado, un chaleco y un sombrero de castor con lazo, y, después de ponerse todo esto, cogió su bastón para marcharse; pero de pronto detúvose alguna nueva idea.

—No puedo dejarte sólo en la casa,—me dijo;—será preciso que salgas, porque quiero cerrar.

La indignación hizo subir la sangre á mis mejillas.

—Si me echáis fuera,—repliqué,—esta será la última vez que me habréis visto.

Mi tío palideció, fijando su mirada en un ángulo del aposento.

—No es así como obtendrás mis favores,—repuso después de una breve pausa.

—Señor tío,—repliqué,—respeto vuestra edad y nuestra sangre común, y no considero vuestros favores como una compra. Desde niño me enseñaron á tener buen concepto de mí mismo; y si en vuestra persona estuviesen representados todos mis tíos y mi familia, no compraría vuestro aprecio bajo ciertas condiciones.

Ebenezer se asomó á la ventana y vile estremercse de pies á cabeza; pero cuando volvió hacia mí, una sonrisa entreabrió sus labios.

—Bien, bien,—dijo con voz breve;—será preciso resignarse. No saldré, y así queda arreglado todo.

—Tío Ebenezer,—repliqué,—no saco nada en limpio de lo que decís. Me tratáis como si fuera un ladrón, y harto conozco por vuestras palabras que mi presencia en esta casa os es importuna. Si es así, y puesto que debo obrar con toda franqueza, no veo por qué habéis de retenerme aquí. Dejadme marchar y buscaré á mis amigos.

—No, no,—contestó mi tío apresuradamente, —ya nos arreglaremos; y, aunque no sea más que por el honor de la casa, no puedo consentir que te vayas así.

—Muy bien,—repuse después de reflexionar un momento;—esperaré, pues más justo es que me ayude una persona de mi familia que no un extraño. Si no nos entendemos, no será por culpa mía.

IV

CORRO UN GRAN PELIGRO EN LA CASA

DE SHAWS

Aunque el día había comenzado tan mal, se pasó bastante bien. No faltó el consabido potaje, frío por la tarde y caliente por la noche, y el vasito de cerveza. Mi tío hablaba poco, y siempre de la misma manera, dirigiéndome á intervalos preguntas sueltas; y cuando yo trataba de entablar la conversación sobre mi porvenir, eludía el asunto.

En una habitación inmediata á la cocina, donde se me permitió entrar, encontré muchos libros latinos é ingleses que me entretuvieron mucho toda la tarde, y el tiempo pasaba tan ligeramente que casi comencé á reconciliarme con mi residencia en Shaws. Solamente me inspiraban aún desconfianza el aspecto de mi tío y sus ojos, que procuraban siempre no encontrarse con los míos.

Cierto detalle me inspiró algunas dudas; detalle que, al parecer, no tenía importancia. En la portada de un libro vi escritas, de puño y letra de mi padre, como pude reconocer fácilmente, las siguientes palabras: «A mi hermano Ebenezer, con motivo de su quinto cumpleaños». Esto me preocupó, pues siendo mi padre el hermano menor, era preciso que hubiese cometido un singular error ó que antes de los cinco años hubiera escrito ya como un hombre.

Procuré desear esta idea por no encontrar la explicación del hecho; pero, aunque leí otros libros interesantes de historia y poesía, aquella dedicatoria de mi padre me daba mucho que pensar, y cuando al fin volví á la cocina en busca del potaje y de la cerveza, pregunté á mi tío Ebenezer si mi padre había sido muy precoz en sus estudios.

—Nada de eso,—me contestó.—Yo lo era más que él, y sabía leer perfectamente antes que él aprendería bien.

Semejante contestación me preocupó más aún, y, ocurriéndome de pronto una idea, pregunté á mi tío si él y mi padre habían sido gemelos.

Al oír estas palabras, Ebenezer saltó de su si-

lla, dejando caer en el suelo la cuchara que tenía en la mano.

—¿Por qué diablos preguntas eso?—gritó cogiéndome por el faldón de la casaca y mirándome esta vez fijamente con sus ojos, que eran pequeños y brillantes como los de una ave de rapaña.

—¿Qué significa esto?—pregunté con la mayor calma y sin experimentar el más mínimo temor, porque comprendía que era más fuerte que él.—Retirad la mano si os place, que esta no es manera de conducirse.

Ebenezer pareció hacer un esfuerzo sobre sí mismo, y díjome, moderando su tono:

—Solo quiero decirte, David, que no debes hablarme de tu padre, aunque él era el único hermano que tenía.

Mi tío dijo estas palabras con voz débil, y recogiendo después su cuchara, volvió á comer.

El brusco proceder de mi tío, y después su repentina manifestación de cariño á la memoria de mi difunto padre, eran cosas incomprensibles para mí, que me inspiraron á la vez temor y esperanzas. Por una parte comencé á creer que mi tío era tal vez un loco, y como tal peligroso; y por otra recordé cierta historia de un niño que siendo legítimo heredero no pudo adquirir sus bienes á causa de la perversidad de su tío. ¿Por qué Ebenezer se interesaría por un pariente que llegaba á llamar á su puerta casi como un mendigo, á menos de haber alguna causa para que me temiese?

Dominado por esa idea, siempre fija en mi espíritu, comencé á examinar las portadas de todos los libros; y cuando mi tío y yo estábamos sentados á la mesa nos observábamos mutuamente como un gato y un ratón. Rara vez me dirigía la palabra, más hubiérase dicho que maduraba algún plan; y cuanto más le miraba, más me convencía de su hostilidad hacia mí.

Al día siguiente de haber ocurrido la escena de que acabo de hacer mención, Ebenezer fué á sentarse junto á la chimenea para fumar su pipa, vuelto de espaldas hacia mí.

—David, —dijo de pronto;—estaba pensando ..

Aquí hizo una pausa y continuó:

—Quería decir que antes de que tú nacieras había prometido una cosa para ti: se la prometí á tu padre. No creas que es nada de herencia legal: cuestión de una oferta después de un banquete. Has de saber que se trata de una suma que yo guardo para ti separada. No deja de ser importante; pero, en fin, lo prometido es deuda. Viene á ser de... de... ¡cuarenta libras!

Al pronunciar estas últimas palabras me miró de reojo, y, como si se arrepintiese de lo que acababa de decir, añadió precipitadamente.

(Se continuará.)

Manolo, el valiente

En una aldea, cuya población se componía casi por completo de pescadores, había una familia compuesta de cuatro personas: el padre, la madre, Manolo, muchacho de catorce años, y Ana, linda chica más joven que su hermano.

El padre, robusto marinero, compartía con su hermano las funciones de guarda de un faro situado cerca de la costa del cantábrico.

La víspera del día en que comienza esta historia, cerca de Navidad, Manolo, que vivía en la aldea con su madre, fué encargado de ir á la ciudad próxima á buscar un paquete de mechas para la linterna del faro. El mar estaba hermoso y no le fué difícil al muchacho atravesar la distancia en la barca del pescador, la «Hermosa Isabel». Por la tarde, el tiempo cambió y comenzó á presentarse mar de fondo. Manolo que era ya un marinero, conoció por ciertas señales que se aproximaba un temporal, de modo que se apresuró á embarcarse y bogar vigorosamente hacia el faro.

El sol se ocultaba en el horizonte cuando Manolo atracaba al pie de la escalera. Amarró sólidamente el bote á una argolla de hierro empotrada en la roca, subió ligeramente las gradas de la escalera y penetró en la torre.

—¡Padre!—exclamó.—¡Ya estoy aquí! ¿Dónde está usted?

Nadie contestó.

El muchacho se dirigió entonces á la escalera de caracol y subió rápidamente al camarote de guardia. Antes de llegar allí, le pareció oír débiles gemidos, se le oprimió el corazón dolorosamente y tuvo como el presentimiento de una desgracia. Llegado á la entrada del camarote, horrible espectáculo se presentó á su vista. Su padre estaba allí inmóvil, ten-

dido, completamente ensangrentado y dolorosos gemidos escapaban de su contraída boca.

Ante este espectáculo el muchacho quedó sin voz, sus piernas flaquearon, sus brazos cayeron inertes á lo largo del cuerpo y sus miradas vagas erraron en derredor suyo sin ver nada, como si hubiera sido atacado de súbita locura. Esta postración no duró mas que un momento... Manolo corrió hacia el guardián, lo abrazó y trató de hacerle volver en sí por medio de las más afectuosas caricias. Al fin abrió los ojos.

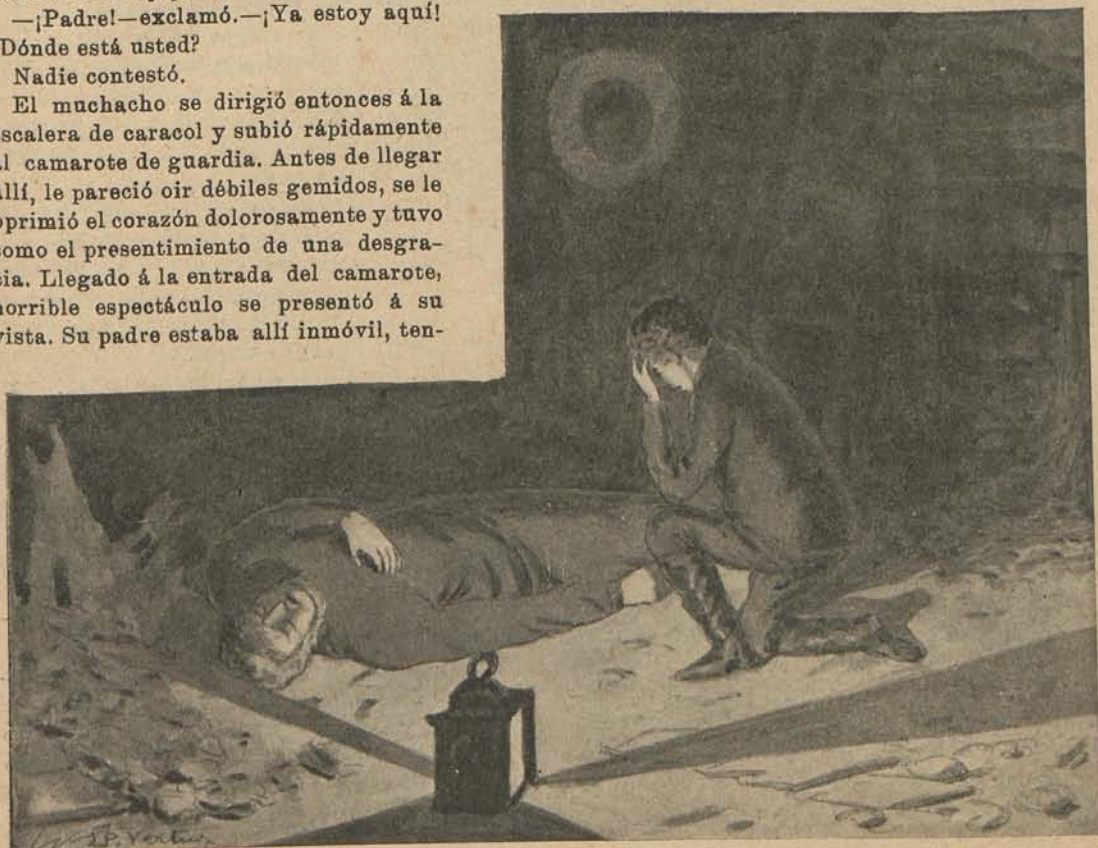
—¿Eres tú, Manolo?—preguntó el herido. Y el desgraciado movió penosamente la cabeza.

—¿Sufre usted mucho, padre? ¿Qué le ha sucedido?

Las miradas del torrero se dirigieron hacia un montón de escombros. Manolo, en su turbación, no había notado que se había hundido la escalera del faro que conducía á la cámara de la linterna del faro. Miró hacia allí y lo comprendió todo. El desgraciado guardián había sufrido una caída de 40 pies de altura.

—¡Dios mío!—exclamó.—¡Pobre padre!

—Ayer,—añadió el herido,—cuando quise bajar de la cámara de la linterna, al bajar los primeros escalones, estos cedieron, los montantes crujieron, la escalera se hundió y yo caí al suelo. Tuve la fuerza suficiente para moverme



un poco, pero perdí el conocimiento y no se nada mas. Sufro tanto, que no puedo mover los pies ni las manos y estoy tan débil, por no haber comido nada desde ayer, que se me desvanece la cabeza. Baja pronto á la depensa, en donde encontrarás una taza llena de caldo; caliéntalo y tráemelo en seguida.

Manolo se apresuró á obedecer á su padre; encendió fuego y al poco rato presentó á su padre la taza de humeante caldo. El herido lo fué tomando á sorbitos y sus fuerzas renacieron paulatinamente.

—¡Me encuentro mejor; gracias hijo mío!



—¿Es decir que se encuentra usted mejor?
—Sí, hijo mío; pero no es ya en mis males en lo que pienso en este momento, sino en los terribles riesgos que van á correr los pobres pescadores. ¡Cuál será la angustia de sus mujeres y de sus hijos cuando notarán que la luz no brilla en lo alto de esta torre!

Las siete dieron en el reloj.

—¡Dios mío!—prosiguió el padre,—¡Venid en mi ayuda, protegéd á los marineros durante la espantosa noche que se prepara! Oigo el viento que silba con violencia y preveo que se aproxima la tempestad. ¿Qué hacer? ¡Es imposible subir hasta la linterna... pues no hay escalera!... ¡Si alguien viniera á ayudarnos!

—Padre,—dijo el muchacho,—no se atormen-

te usted; la costa no está muy lejos é iré con el bote á buscar al tío y al médico.

El muchacho descendió rápidamente la escalera, y al llegar á la roca, buscó en vano el bote. Una ola se lo había llevado.

El hijo del guardián volvió consternado al lado de su padre.

—El bote ha desaparecido... el mar está agitado y la bruma es tan espesa que no se distingue nada á la distancia de dos metros. Oiga cuán fuerte sopla el viento... y ya las olas se precipitan con furia contra la costa. ¿Cómo hacerlo para auxiliar á los pescadores que están en

peligro? ¿Qué pensará mi madre al ver que no regreso?

Manolo calló, mirando al guardián con espanto.

—¡Padre! ¡padre!—exclamó con terror é indecible angustia.—¡Contésteme usted!

Pero el cuerpo del guardián permanecía inmóvil y frío y la voz del muchacho quedó ahogada por el estrépito de la tempestad. Fuera, el temporal se desarrollaba con toda violencia. Las olas se elevaban á gran altura y venían á estrellarse con extraordinaria fuerza contra las paredes de la torre.

El muchacho, arrodillado junto á su padre y con la cara entre las manos, se puso á sollozar. Solo en aquella habitación apenas iluminada, al lado de aquel cuerpo inmóvil, su imaginación excitada por los siniestros ruidos del huracán pareció percibir los lamentos de desesperación de centenares de víctimas que luchaban contra la muerte.

—¡Es preciso á toda costa que los salve!—exclamó.

Y se levantó, pintándose enérgica resolución en su cara.

Cogió vivamente la lámpara y se dispuso á salir de la habitación; pero antes de bajar la escalera, se precipitó sobre el cuerpo inmóvil de su padre y lo abrazó con apasionado cariño.

Algunos instantes después, entró en el almacén.

Escogió una cuerda larga de cuarenta y cinco pies, muy fuerte, á la cual hizo nudos de trecho en trecho, y á cuyo extremo ató un garfio de hierro. Hecho esto, cogió un quinqué de tres mecheros, lo arregló cuidadosamente, lo encendió y lo puso dentro de la linterna.

Entre tanto el tiempo corría y dieron las siete y media en el reloj del faro.

Manolo, cargado con todas aquellas cosas, subió ágilmente la escalera de caracol y en un instante estuvo en la plataforma. La vitrina del faro, redeada por una barandilla de hierro, se elevaba á cuarenta pies encima de la plataforma.

Nuestro héroe había decidido escalar la baranda por medio de la cuerda de nudos de que se había provisto. La oscuridad era profunda, el huracán redobla su furor, y el mar, completamente alborotado, estaba erizado de olas monstruosas que se estrellaban contra las rocas, convirtiéndose en lluvia, cuyas rociadas pasaban por encima de la linterna del faro.

La tormenta era tan violenta, que el chico se vió obligado á arrimarse á la pared para no verse arrastrado.

De repente, hubo un momento de calma y lo aprovechó para lanzar la cuerda hacia la barandilla. Una vez, dos veces, la cuerda volvió á caer á sus pies; pero á la tercera logró hacerla subir más arriba, el gancho quedó clavado en los hierros de la barandilla y el otro extremo de la cuerda quedó colgando á la altura de la cabeza del valeroso muchacho.

Cogiendo la linterna, la ató sólidamente á su cintura con ayuda del pañuelo y, encomendando su alma á Dios, empezó la peligrosa ascensión.

Subía ayudándose con los pies y con las manos, sin atreverse á mirar hacia el abismo que tenía debajo. Su valiente corazoncito latía con tanta fuerza, que parecía querer saltar fuera del pecho.

Sin embargo, el huracán no había amainado y la cuerda, obedeciendo al impulso del viento, describía oscilaciones inquietantes, tan pronto lanzando por los aires al desventurado muchacho, como empujándole con violencia contra la pared del faro.

Pero no se desanimaba por eso. Había ya recorrido una mitad del trayecto, cuando la tormenta, redoblando su furor, le lanzó violentamente contra la pared vertical. Una de sus rodillas chocó contra el granito y el dolor que experimentó fué tan vivo que casi llegó á saltar la cuerda. Acudiendo entonces toda su energía y reuniendo todas sus fuerzas, subió penosamente la distancia que le faltaba y pudo por fin cogerse sólidamente á la barandilla.

Desató en seguida la linterna de su cintura y envolviéndose la mano con el pañuelo, rompió uno de los vidrios de la garita del faro, entró

por aquel agujero y saltó á la cámara del fanal. En aquel momento la luna pudo entreabrir la espesa cortina de nubes que la ocultaban é inundó con su luz todos los objetos que le rodeaban. El muchacho divisó el gancho que había para colgar la linterna. ¡Ya era tiempo, pues sus fuerzas estaban agotadas! Sucumbiendo á la vez á la emoción, á la fatiga y al dolor, cayó desvanecido.

Cuando recobró el conocimiento quedó admirado al encontrarse, no en la garita de la linterna, sino en su propia cama. Vió á su madre,



con la fisonomía inquieta, inclinada hacia él.

Entonces le explicaron que su tío, á la mañana siguiente, después del terrible temporal, pensando que tal vez su hermano y su sobrino podían necesitarle, se dirigió apresuradamente al faro, y con la consiguiente emoción los encontró á ambos desvanecidos.

Después de dos meses de padecimientos, el padre recobró la salud y pudo dedicarse á sus habituales ocupaciones.

Le fué concedida una medalla de oro á Manolo, le dieron una bolsa repleta de plata y desde entonces, en la comarca, no le llaman más que «Manolo, el valiente».

A. J.



PELIGRO INMINENTE

Terrible era el peligro en que se encontraba la pobre niña que jugando inocentemente en medio de la calle, no advirtió que un toro desbandado de la vacada y ciego por la manta que

le había arrojado uno de los vaqueros, iba á chocar con ella. Felizmente una joven que pasaba á caballo en aquel momento, á riesgo de caer del caballo, pudo cogerla y separarla de allí.

MATEO FALCONE

por PRÓSPERO MERIMEE

(CONCLUSIÓN)

—El tunante se ha defendido como un león,—prosiguió el ayudante, algo mortificado;—me ha matado á uno de mis cazadores, y, no contento con eso, le ha roto el brazo al cabo Char-don; pero no hay gran mal en eso, pues sólo se trata de un francés. Y, luego, se había escondido tan bien que ni el diablo hubiera podido descubrirle. Sin mi primito Fortunato no hubiera podido encontrarle nunca.

—¡Fortunato!—exclamó Mateo.

—¡Fortunato!—repitió Giuseppa.

—Sí: el Gianetto se había escondido bajo aquel montón de heno, pero mi primito me ha descubierto la malicia. Así se lo diré á su tío el cabo, para que le envíe un buen regalo por su trabajo. Y su nombre y el tuyo figurarán en el parte que enviaré al señor fiscal general.

—¡Maldición!—dijo por lo bajo Mateo.

Habían llegado donde estaba el destacamento. Gianetto estaba echado ya en el bayarte y pronto á partir. Cuando vió á Mateo en compañía de Gamba, se sonrió con una sonrisa extraña; luego, volviéndose hacia la puerta de la casa, escupió en el umbral diciendo:

—¡Casa de un traidor!

Sólo un hombre decidido á morir se hubiera atrevido á pronunciar la palabra traidor aplicándola á Falcone. Una buena puñalada, que no hubiera tenido necesidad de ser repetida, habría pagado inmediatamente el insulto. Sin embargo, Mateo no hizo otro gesto que el de llevarse la mano á la frente como un hombre abatido.

Fortunato había entrado en la casa al ver llegar á su padre. Pronto volvió á aparecer con un jarro de leche que presentó con los ojos bajos á Gianetto.

—¡Largo de ahí!—le gritó el proscrito con voz terrible.

En seguida, volviéndose hacia uno de los cazadores:

—Camarada, dame de beber,—dijo.

El soldado puso su calabaza entre sus manos y el bandido bebió el agua que le daba un hombre con quien acababa de andar á tiros. Pidió en seguida que le atasen las manos de manera que las tuviese cruzadas sobre el pecho, en vez de llevarlas atadas detrás de la espalda.

—Me gusta,—dijo,—estar acostado con comodidad.

Apresuráronse á satisfacer sus deseos. En seguida el ayudante dió orden de partir, dijo adiós

á Mateo, que no le respondió, y bajó á paso acelerado hacia la llanura.

Pasáronse diez minutos antes de que Mateo abriese la boca. El niño miraba con ojos inquietos ora á su madre, ora á su padre, que, apoyándose sobre su escopeta, le tenía la vista encima con una expresión de cólera concentrada.

—¡Empiezas bien!—dijo, en fin, Mateo con voz tranquila, pero espantosa para quien conocía al hombre.

—¡Padre!—exclamó el niño adelantándose con lágrimas en los ojos para arrojarle á sus rodillas.

Pero Mateo le gritó:

—¡Atrás!

Y el niño se detuvo y sollozó, inmóvil, á algunos pasos de su padre.

Giuseppa se acercó. Mateo acababa de ver la cadena del reloj, de la cual salía un extremo de la camisa de Fortunato.

—¿Quién te ha dado este reloj?—preguntó con tono severo.

—Mi primo el ayudante.

Falcone cogió el reloj, y arrojándolo con fuerza contra una piedra, lo hizo mil pedazos.

—Mujer,—dijo;—¿ese niño es mío?

Las morenas mejillas de Giuseppa se tornaron de un rojo de ladrillo.

—¿Qué dices tú, Mateo? ¿Sabes bien á quién hablas?

—Pues bien: ese niño es el primero de su raza que haya hecho traición.

Los sollozos y los hipos de Fortunato redoblaron, y Falcone tenía sus ojos de lince clavados siempre en él. Por fin, hirió la tierra con la culata de la escopeta, echóse en seguida sobre el hombro, y volvió á emprender el camino del maquis gritando á Fortunato que le siguiera. El niño obedeció.

Giuseppa corrió tras de Mateo y le cogió el brazo.

—Es tu hijo,—le dijo con voz trémula, clavando sus ojos negros en los de su marido como para leer lo que pasaba en su alma.

—¡Déjame!—respondió Mateo.—¡Yo soy su padre!

Giuseppa besó á su hijo y volvió llorando á su cabaña. Echóse de rodillas ante una imagen de la Virgen y rogó con fervor. Falcone anduvo doscientos pasos por el sendero, y no se detuvo hasta un barranquillo, donde bajó. Sondeó la tierra con la culata de su fusil, y la encontró blanda y fácil de cavar. El lugar le pareció conveniente para su designio.

—Fortunato: ponte al lado de esta peña.

El niño hizo lo que le mandaba, y después se arrodilló.

—Dí tus oraciones.

—¡Padre, padre! ¡No me matéis!

—¡Dí tus oraciones! —repitió Mateo con voz terrible.

El niño, todo balbuciendo y sollozando, recitó el padrenuestro y el credo. El padre, con voz fuerte, respondió *¡amén!* al fin de cada oración.

—¿Son esas todas las oraciones que sabes?

—Padre, también sé el *avemaría* y la letanía que la tía me enseñó.

—¡Dios te perdone!

El niño hizo un esfuerzo desesperado para levantarse y abrazarse á las rodillas de su padre; pero no tuvo tiempo. Mateo hizo fuego y Fortunato cayó muerto.

Sin echar una mirada al cadáver, Mateo emprendió el camino de su casa para ir á buscar un azadón á fin de enterrar á su hijo. Había dado apenas algunos pasos, cuando encontró



—Muy larga es: no importa.

El niño acabó la letanía con voz apagada.

—¿Has acabado?

—¡Oh padre, misericordia! ¡Perdóname! ¡No lo volveré á hacer! ¡Le rogaré tanto á mi primo el cabo que perdonarán al Gianetto!

Hablaba aún. Mateo había montado su escopeta y le apuntaba diciéndole:

á Giuseppa, que acudía alarmada con el tiro.

—¿Qué has hecho?—exclamó.

—Justicia.

—¿Dónde está?

—En el barranco. Voy á enterrarlo. Ha muerto como un cristiano. Le haré decir una misa. Que digan á mi yerno Tiodoro Bianchi que se venga á vivir con nosotros."





TÚNEZ.—FORTIFICACIONES

Una señora que gastaba dentadura postiza, fingía, de vez en cuando, para disimularlo, que padecía de las muelas.

Cierta mañana, un caballero llamó á la puerta de su habitación y preguntó:

—¿La señora de ***?

—Usted dispense,—dijo la criada.—No puede recibir porque está con un atroz dolor de muelas.

—¡De muelas! —exclamó el visitante.—¡No puede ser!

—¿Por qué?

—Porque yo soy su dentista... ¡y precisamente tengo, sus muelas, en el bolsillo!

Sano consejo:

«Si quieres que, el dinero,
nunca te falte,
el primero que tengas...
¡no te lo gastes!

—Si me rasco la nariz
me duele. ¿Qué debo hacer?
¡Déme un remedio, doctor!
—¡Que no se la rasque usted!

FILOSÓFICAS

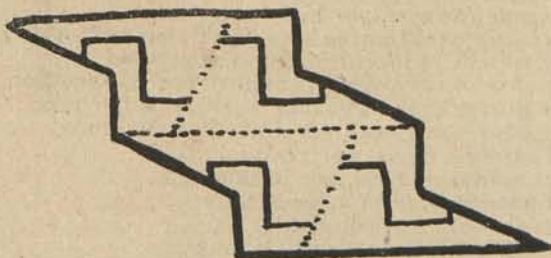
En el tiempo estival la gente suda
y en el invierno frígido estornuda;
se usa en verano ropa más holgada
y en invierno la ropa más pesada.
*Lo que prueba mi amigo D. Mariano,
que es distinto el invierno del verano.*

Porque comió una vez mucha verdura
se murió de repente un pobre cura;

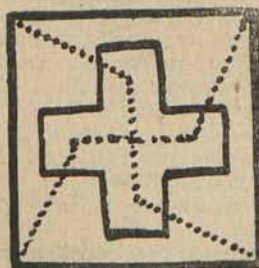
y por engullir carne en demasía
lo mismo se murió Pascual García.
*Lo que prueba lectores indulgentes;
que hay de muerte mil causas diferentes.*

Solución al problema. —El cuadro y la cruz.

Recortando la figura por donde indica este diagrama,



y uniendo los trozos así,



quedará formado el cuadrado con la cruz en el centro.

Redacción y Administración: Plaza de Tetuán, 26

Correspondencia: Apartado de Correos, 88

EL GRITO DE INDEPENDENCIA

— POR —

CARLOS MENDOZA

65 cuadernos, que forman 2 tomos, 32'50 pesetas. Encuadernada, 36'50 pesetas

LOS GRANDES CRIMINALES

— POR —

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

Dos tomos, en 4.º mayor, 12'50 pesetas. Encuadernada 15 pesetas

CUENTOS

DE TODAS PARTES

ORIGINALES

DE LOS

MÁS CÉLEBRES AUTORES

CONTEMPORÁNEOS

Profusamente ilustrado. — Un tomo en atela, 5 pesets.

BIBLIOTECA ROSA

OBRAS PUBLICADAS

La comedianta, por Paul de Molenes.
Drama de amor, por F. Soulié.
Las ánimas del purgatorio, por Próspero Merimee.
Pecados de la juventud, por V. Perceval.
Un drama sangriento (2 tomos), por L. Jacolliot.
La justiciera de sí misma, por Carlos Barbará.
Teresita (ilustrada), por Julio Ruiz Montero.
El capitán Burle, por Emilio Zola.
Las sendas de Dios, por B. Bjornson.
El monstruo, por Carlos Bodin.
Naida Micoulin, por Emilio Zola.
El sillón fatal, por Pedro Newsky.
Un crimen infame, por Enrique Murger.
Noche trágica, por E. Daudet.
Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.
La piel de león, por Carlos de Bernard.
El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.
La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.
El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.
Santiago Damour, por Emilio Zola.
La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.
El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle-Adam.
Sin trabajo, por Emilio Zola.
Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molenes.
El maestro de escuela, por Federico Soulié.
La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.
La venganza de Koshah, por Reinaldo Trevelyan.
Diario de una mujer, por Octavio Feuillet.
Un sueño de amor, por Federico Soulié.
La mujer de cuarenta años, por Carlos Bernard.
La joven de los ojos de oro, por H. de Balzac.
La herencia de un cómico, por Ponson du Terrail.

BIBLIOTECA AZUL

OBRAS PUBLICADAS

El tesoro del pirata, por Roberto Luis Stevenson, con preciosos grabados.
El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.
Magdalena la Mendiga, por Luis Jacolliot.
Bajo un disfraz, por Jorge Smith.
El crimen del Molino de Usor, por Luis Jacolliot.
Orso, por Enrique Syenkiewicz.
El Hijo Maldito, por H. de Balzac.
Las lágrimas de Juana, por Arsenio Houssaye.
La necesidad del crimen, por Julio Perrin.
Una orgía de sangre, por A. Vigny.
Los caballeros de la Cruz, por Enrique Syenkiewicz.
El secreto terrible, por Adolfo Belot.
Sots, por Pedro Zaccane.
La Salamandra, por Eugenio Saé.
El crimen de Juan Malory, por Ernesto Daudet.
La reina Mab, por Guillermo Holiday.
El novio de la señorita Saint-Maur, por Victor Cherbuliez.
La aventura de Ladislao Bolski, por Victor Cherbuliez.
Honor de artista, por Octavio Feuillet.
Los dos cadáveres, por Federico Soulié.
La cabeza de la bruja, por Guillermo Holiday.
La confesión de Claudio, por Emilio Zola.
Un crimen tenebroso, por Honorato de Balzac.